

A D O L F O V A L L E S

P o r I G N A C I O M E D I N A J r .

DESDE la fecha del fallecimiento del señor licenciado don Adolfo Valles Baca, ocurrido hace ya cerca de tres meses—el día 4 de abril—, esperábamos saber de algún homenaje a su memoria; por lo menos el más efímero, que le rindiera la pluma de algún atildado y prestigioso escritor de entre los muchos que le trataron, le conocieron o le profesaron afecto durante su vida.

Sólo el temor de que ese deber—que muchos tienen por cuanto de él recibieron en veces y por cuanto sus merecimientos indiscutibles requieren—no llegue a cumplirse, justifica este “in memoriam” del discípulo.

* * *

Tres son, ante todo, los aspectos relevantes de la personalidad de don Adolfo Valles: el funcionario, el maestro y el amigo. Tres aspectos de una existencia que, como tantas otras transparentes y sabias, caerá con veloz trayectoria en el olvido.

Porque el hombre no sabe arrancar las virtudes del silencio, jamás realiza el constante milagro de la naturaleza de sacar de las sombras que esparció el sol en el ocaso, el diáfano claror de las auroras y para pervivir en el recuerdo es preciso que la muerte nos alcance a tiempo.

Envejecido y pobre, ya sin las etiquetas de los altos cargos, retirado de la cátedra de Derecho Penal de la Universidad Nacional de México, a causa de sus enfermedades, deja su escritorio de empleado modesto de la Secretaría de Hacienda para tener apenas tiempo de despedirse por último de los suyos.

Al mediar la postrera noche en su quieto rincón de Tacubaya, llega hasta el moribundo, inesperadamente, la música delicada de la serenata que alguien lleva hasta un balcón vecino y es para él como un adiós que le acaricia con dulzura y le prepara a cerrar quedamente los ojos para un amanecer que ya no alcanzará.

* * *

El antiguo Procurador General de Justicia de la República, íntegro Magistrado, hábil Presidente de Debates, vigoroso Agente del Ministerio Público, cultísimo letrado, que termina sus días

sin dinero y sin remordimientos, deja para la juventud la seguridad alentadora de que, a pesar del ambiente, de las tentaciones constantes, de los ejemplos innumerables de lo contrario, hubo en México siempre hombres íntegros en todos los momentos, a quienes no cegó la altura de las posiciones destacadas ni la adversidad fue bastante a corromperlos.

Celoso de su dignidad personal hasta el exceso, no aceptó sin discernimiento comisiones o encargos; hizo respetar sus convicciones aun a riesgo de ser considerado desafecto a personas o instituciones del mundo oficial de un momento. No se le vio jamás aquél apego canino al empleo que se observa entre quienes pasan aparentemente en la política de uno a otro “ista”, siendo así que el partido único a que pertenecen en realidad, es el partido quinceañista.

Nunca tampoco le fascinó su ocupación. Nadie puede decir que le obligara a una antesala inútil o que burlara su esperanza con la promesa de un favor que no cumpliera.

Del funcionario judicial lo mejor que se puede decir es que fue justo y el Abogado Valles lo fue como los grandes.

* * *

Conocimos al maestro en el viejo Colegio de San Ildefonso, hace 17 años. Aún no peinaba canas, pero ya llevaba en el rostro ese aire de escepticismo y de tristeza que suele dejar desde temprano una nutrida experiencia en el hombre inteligente.

Su natural amable y altamente humano; su manera de enseñar, a lo vivo, utilizando los datos de lo visible y provechoso, sin pedantería, sin exhibicionismo, con palabra lenta y suave que en vez de ser dogmática tenía espontáneamente el tono del consejo discreto, le granjeaba la adhesión duradera de sus alumnos. La curiosidad, siempre despierta de los estudiantes, era constantemente atraída por el prestigio viril del profesor que cuando joven fuera un gran pollo. En los corrillos se contaban anécdotas maravillosas de su mocedad, salpicada de aventuras. El maestro Valles fue un notable esgrimista; podría decirse: un Artagnan siglo XIX y en ello fincaba uno de sus grandes orgullos.

En cierta ocasión fuimos dos alumnos a buscarle por alguna cuestión sin importancia. Era una tarde luminosa de mayo, al terminar su clase de Derecho Usual en la Preparatoria. Estaba de magnífico humor y aspiraba con deleite la nube azul de su imprescindible cigarrillo. Al vernos llegar con premura, inquirió sonriente:

—¿Qué les pasa, muchachos? ¿Necesitan algún padrino de duelo?...

Y caminando por las calles del Reloj, con el andar pausado que le conoció todo el mundo, nos fue narrando, una vez más, curiosas historias de su ayer, en charla enjundiosa de buen conversador.

Concluído cada curso, pasados ya los exámenes, en que prodigaba por igual enseñanzas y bondades, cada estudiante seguía siendo para él amigo, "compañero", como acostumbraba llamarnos a todos.

Rindió culto constante a la amistad. Bien pudiera llamársele Caballero de la Legión de Honor de esa virtud.

"La Amistad"... Así tituló José Vasconcelos el capítulo de su discutido "Ulises Criollo", consagrado al maestro Valles. He aquí el retrato: "Adolfo Valles era mi confidente y amigo. Desde Jurisprudencia gozaba fama de lealtad, elegancia y valentía. Alto, flaco, enjuto de rostro, nariz grande, ojos dulces y ademán apuesto, era un tipo de mosquetero criollo del norte mexicano. Esgrimista y orador, durante muchos años mantuvo plaza de campeón de sable y de Presidente de Debates del Jurado Popular. Su talento des-

pejado, su tolerancia y honestidad, lo hacían insustituible como Juez... Y una dulce pereza bondadosa lo envolvía en su halo".

Cosa rara entre los hombres que han desempeñado puestos de combate y de responsabilidad: no tenía enemigos. Por doquiera se le acogía con cordialidad y se le trataba con respetuoso cariño. Camaradas y discípulos acudían a la fuente de su espíritu refinado y mundano. Sus opiniones profesionales disfrutaban de autoridad en el foro y sus juicios serenos sabían señalar caminos en la borrasca del vivir.

Con verdadera generosidad repartió ayuda entre todos los que a él se acercaron, así tuvieran o no títulos para alcanzar su protección. Fue la suya largueza constante y espléndida.

* * *

En los últimos días le torturaron los médicos con dietas y privaciones, con el séquito molesto de la droguería, con todo el complicado artificio de su alquimia. El maestro aceptaba todo con progresivo desaliento, pero sin protestar; con el desdén que siempre demostró por las cosas con que esos señores procuran ingenuamente enmendar la obra indeclinable de la naturaleza.

El paso cansino, opaca la voz, la mirada más vaga...

Ya venía la muerte.

Se anunció con un padecimiento del corazón. De allí le asió. Y aquél gran corazón, poco a poco, sin sobresalto, lentamente dejó de latir...

EL DERECHO PROCESAL DEL TRABAJO DISCIPLINA JURIDICA AUTONOMA

Por el Lic. ALBERTO TRUEBA URBINA

ADVERTENCIA

En la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, se relega al olvido el estudio sistemático y especializado del DERECHO PROCESAL DEL TRABAJO. No existe cátedra de esta disciplina; porque no se le reconoce autonomía científica. Ni siquiera le conceden importancia a sus aspectos medulares: organización jurisdiccional del trabajo y normas que se observan en la tramita-

ción de los conflictos ante las Juntas de Conciliación y Arbitraje. Por consiguiente, es necesario acreditar la autonomía de ese Derecho dentro de la Universidad, para divulgarla luego entre el gran público; pues se trata de nueva disciplina jurídica que realiza el derecho subjetivo laboral, en las controversias obrero-patronales e inter-gremiales.

Ojalá que estas mal pergeñadas notas sirvan de incentivo para iniciar el estudio universitario del DERECHO PROCESAL DEL TRABAJO.